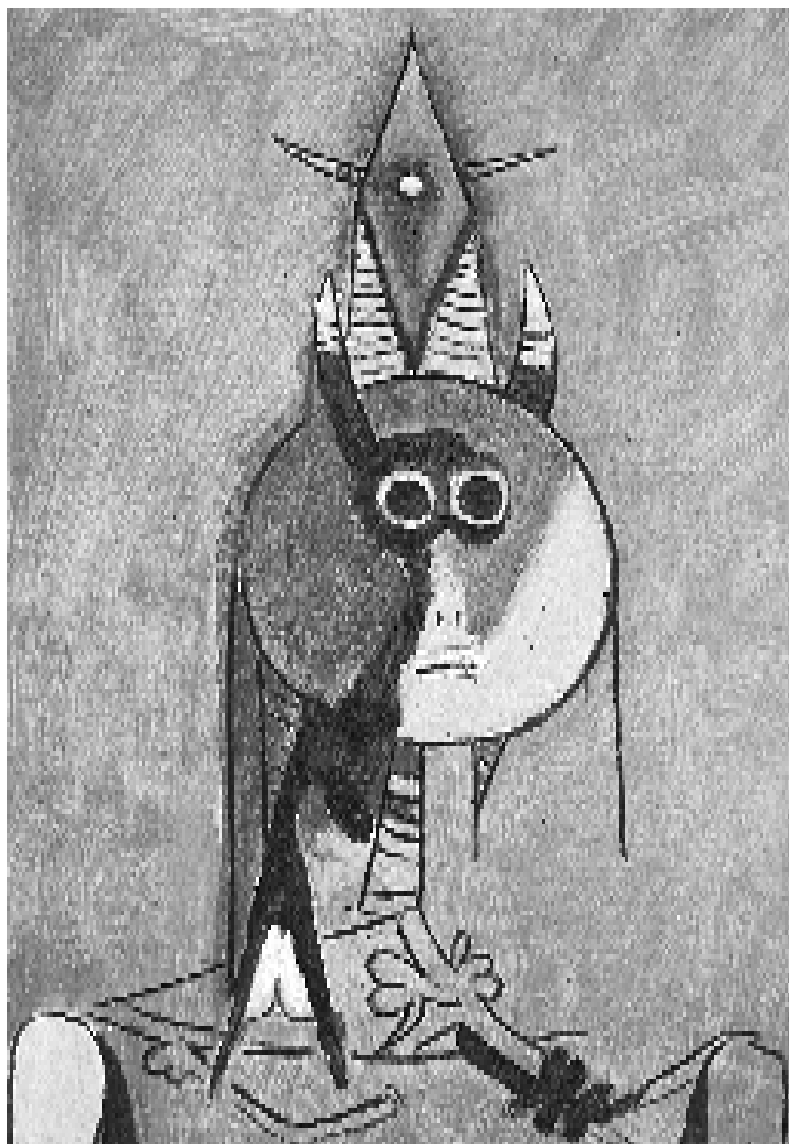


La Campaña

dosier nº 24

semanario de información y pensamiento anarquista

Edita Escuela Errico Malatesta. Sindicato Único de Trabajadores "Solidaridad Obrera". Pontevedra



VOCES INSUMISAS
- VI -

¡NO AL EJÉRCITO!

IIª Época - 6º Semestre
21 de Febrero de 2000

Editado por la Escuela ERRICO MALATESTA, fundada en el seno del Sindicato Único de Trabajadores "SOLIDARIDAD OBRERA" de Pontevedra.

Este es el dossier núm. 24 de su Segunda Época y se imprime el 21 de Febrero de 2000. [D.L. PO-433-95]

Redacción: C/ Pasantería, 1-3ª planta. (36002) Pontevedra

Teléfono: 986-86.31.44. Fax: 986-89.63.64

Correspondencia: Apartado 97. (36080) PONTEVEDRA.

E-mail: lacampana@jet.es

CONSEJO DE GUERRA POR DESERCIÓN EN VALENCIA A UN ANTIMILITARISTA

Por correo electrónico a través de la Agencia A-Infos, llega la presente nota informativa del Movimiento de Objeción de Conciencia (MOC) de Valencia, sobre el Consejo de guerra por deserción organizado contra Óscar Cervera García, un antimilitarista participante en la campaña de "Insumisión en los cuarteles". Aunque el Consejo de guerra ya se habrá celebrado cuando esta **La Campana** llegue a manos de los lectores (está previsto para el jueves, 17 de febrero), la notificación de la sentencia se demorará todavía unas semanas, lo que nos obligará a esfuerzo solidario para con la lucha insumisa y antimilitarista de Óscar.

Por otro lado, adjunta al comunicado del MOC se incluye también la carta de Óscar al juez que ha de juzgarle. Esta carta sirve ahora de base a este 24 Dossier de **La Campana** y 6ª de las Voces Insumisas; voces que pujan por cambiar un mundo injusto y extender la desobediencia civil a las reglas e instituciones que sostienen la desigualdad social y al violento régimen de explotación que hoy aplasta las tres cuartas partes de la población mundial.

Ya el ejército obligatorio está prácticamente en las últimas, a punto de ser sustituido por el profesional -mercenario. Sin embargo, la lucha contra el militarismo que todo lo invade no puede descuidarse. Porque se acabará una de las formas posibles de construir un ejército -el ejército nacional de conscripción, derivado de la revolución francesa- pero no el ejército, ni el recurso a la violencia militar, tal y como ha puesto de manifiesto la intervención militar española en Yugoslavia, con "nuestros" aviones bombardeando las aldeas y ciudades de Kosovo y Serbia. Pero además, el militarismo no sólo crea la muerte allí donde lanza sus bombas o dispara sus fusiles. Allí donde el presupuesto militar crece, donde el ejército se especializa en "seguridad y defensa" (nadie osa sincerarse y decir realmente que cosa es esa de la que hay que defenderse y cual es la amenaza verdadera que se cierne sobre cada quien), la sociedad civil pierde su autonomía, su teórica soberanía, su independencia. Baste como ejemplo, el absoluto silencio con que todos los llamados medios de comunicación ocultan todo lo que atañe al ejército, no

siendo las anécdotas más macabras que de vez en cuando revientan el eficaz muro de silencio con que tapa el inmenso fangal en que andamos metidos. Mientras los miembros del coro mediático y los políticos que nos distraen, se dedican a alertarnos sobre la quiebra económica de tal o cual servicio público o solidario, responsable de un agujero ("insostenible", suelen añadir) de unos cuantos cientos de millones, pasan como ascuas sobre los 2 billones de pesetas que cada año se lleva como mínimo el conglomerado militar. Del mismo modo, mientras disertan sobre inmigración obvian que las fronteras ibérica con la penuria y la guerra, están en estos momentos guardadas parcialmente por el ejército ... y así sucesivamente.

Óscar nos recuerda todo esto y desvela mucho más. Por ello compartimos su lucha contra la siniestra institución militar y contra todo aquello que la sostiene. Hoy, la voz insumisa de Óscar es la nuestra, como lo es la de todos aquellos que se vienen negando a servir a las entidades e ideas que garantizan al estado criminal el monopolio de la violencia.

La Campana



CARTA DE ÓSCAR CERVERA AL JUEZ MILITAR

Sr.

JUEZ:

Bastará para presentarme con que le diga que soy un desertor e insumiso en los cuarteles. El pasado día 10 de noviembre de 1998 ingresé en el Acuartelamiento «General Almirante» (Base Militar de Marines), según indicaba la orden de incorporación al servicio militar obligatorio que se dictó desde el Centro de Reclutamiento de Valencia el 21 de octubre, destinándome a la unidad de servicios (USBA) de la susodicha base. Al día siguiente, 11 de noviembre, salí del cuartel por la tarde, aprovechando el correspondiente pase de pernocta y me incorporé a una concentración antimilitarista y a favor de la insumisión en los cuarteles que tenía lugar cerca de la puerta del mismo. Desde entonces no he vuelto a aparecer por dicho recinto militar ni tengo intención alguna de hacerlo. El día 12 del mismo mes comuniqué por teléfono al coronel jefe de la base, Elías Isach Castelló, mi firme decisión de desertar del ejército, haciéndole saber (tal como declaro por escrito ahora) que mi acción se enmarca y tiene pleno sentido dentro de una campaña colectiva de desobediencia civil antimilitarista conocida como «insumisión en los cuarteles».

Dicha campaña fue puesta en marcha por el Movimiento de Objeción de Conciencia (MOC) (al que pertenezco) en febrero de 1997, profundiza en la campaña de insumisión que viene llevándose a cabo desde hace diez

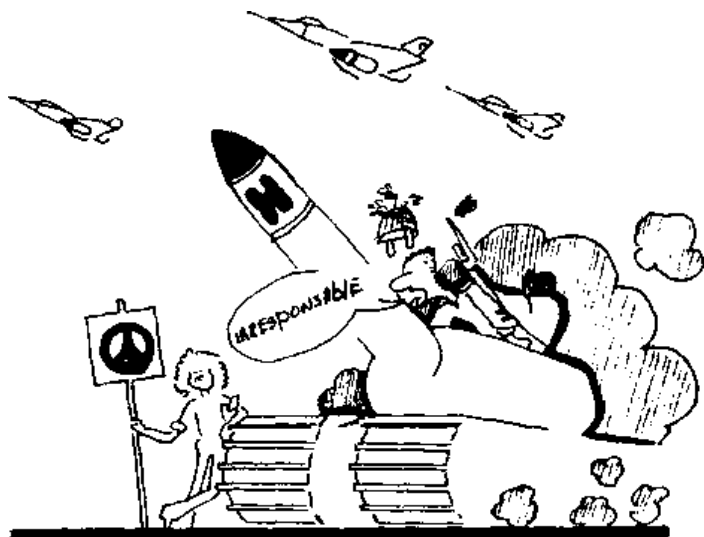
años, y sus objetivos principales son: desenmascarar y denunciar públicamente la funesta misión que cumplen los ejércitos, así como los efectos perniciosos que ejerce el militarismo en la sociedad; abogar por la acción colectiva, pública y noviolenta como instrumento de lucha contra la injusticia, la desigualdad social y por la abolición del ejército (que es precisamente uno de sus principales sostenes); y propugnar, haciéndolos realidad, valores como la paz, la solidaridad, la justicia y la democracia directa.

Somos ya 26 los insumisos en los cuarteles que hemos desertado del ejército, varios de ellos ya han sido juzgados y condenados por los tribunales militares, y han cumplido o cumplen en la actualidad penas de prisión militar. Muchas otras personas, colectivos u organizaciones sociales, desde distintas perspectivas ideológicas, participan y dan su apoyo a esta campaña antimilitarista. Ahora mismo, nuevas deserciones están preparándose...

Así pues, las motivaciones que me llevaron a desertar de las Fuerzas Armadas son de índole ética, ideológica y política. Aunque no me siento obligado a explicitarlas delante de ningún tribunal, y menos de uno militar, al que no reconozco autoridad alguna para juzgar mis acciones y mucho menos mi conciencia, sí deseo hacerlas públicas e instarle a Ud. a reflexionar y a dialogar sobre ellas.

El 19 de diciembre pasado, junto a un nutrido grupo de antimilitaristas, yo y otros dos nuevos desertores más, hicimos pública nuestra desobediencia ante las puertas del Cuartel General del Ejército, en Madrid. Al igual que manifesté ese día declaro ahora lo siguiente:

El ejército no nos defiende de ningún peligro real, ni su existencia responde a ninguna necesidad social objetiva. La visión que pretende imponerse a la sociedad desde los estamentos gubernativo y militar, consistente en considerar como hipotéticos enemigos a seres humanos de otras nacionalidades, países o estados es a todas luces falsa y maniquea. Con ello pretende generarse una verdadera coerción social, el control de las conciencias y sentimientos colectivos sobre la base del miedo a la diferencia frente a los otros/as y a alimentar una conciencia nacional paranoica y peligrosa para la convivencia pacífica entre las sociedades humanas. En cambio, las Fuerzas Armadas son un mecanismo perfectamente inútil para resolver los verdaderos problemas que nos afectan a todos y a todas: el paro, la pobreza y la exclusión social, la destrucción del entorno ambiental, el recorte de los servicios y prestaciones sociales, el autoritarismo, el machismo, el racismo, así como cualquier forma de violencia contra los derechos humanos y sociales. Más aún, como bien demuestra la historia de la humanidad, los ejércitos son el último garante de que las causas que originan estos



problemas: la explotación económica y de la naturaleza, la desigualdad social y de género, el patriarcado, las relaciones de dominación-dependencia Norte-Sur, y el propio militarismo, sigan existiendo, en beneficio de la minoría privilegiada que se beneficia de ello, aunque signifique condenar a la miseria a más del 80% de los seres humanos.

El ejército no aumenta nuestra seguridad. Lejos de contribuir a desactivar conflictos, los ejércitos y la proliferación armamentística los agravan, aumentan los desequilibrios entre los pueblos y posibilitan que lleguen a convertirse en guerras. Un ejemplo claro lo constituye la pervivencia y el refuerzo de estructuras militares como la OTAN y la UEO. Los dirigentes políticos y militares de estas organizaciones no tienen reparos en hablar del «peligro», cuando no del «enemigo del Sur», y crean fuerzas de intervención rápida capaces de actuar ante cualquier «inestabilidad» que pueda producirse en el Norte de África o en Oriente Medio.

Sin embargo, la realidad muestra una vez más cuanto de cinismo hay en este discurso de la «amenaza del Sur». Los cinco países mediterráneos de la Unión Europea, concentran un 91% de la riqueza (P.N.B.), frente a sólo el 9% del total atribuible a los diez países mediterráneos del Magreb y del Próximo Oriente. En cambio, sólo el presupuesto de defensa de Francia, Italia y España es 75 veces superior al de todos los países del Magreb juntos. Más bien habría que evidenciar cómo la seguridad del Norte rico consiste en la inseguridad y la opresión del Sur empobrecido, cómo se inventan enemigos que justifiquen la existencia y la potenciación de las estructuras militares de los estados y sus organizaciones multilaterales, y cómo se mantienen grandes empresas destinadas a la producción y al negocio de la venta de armamento.

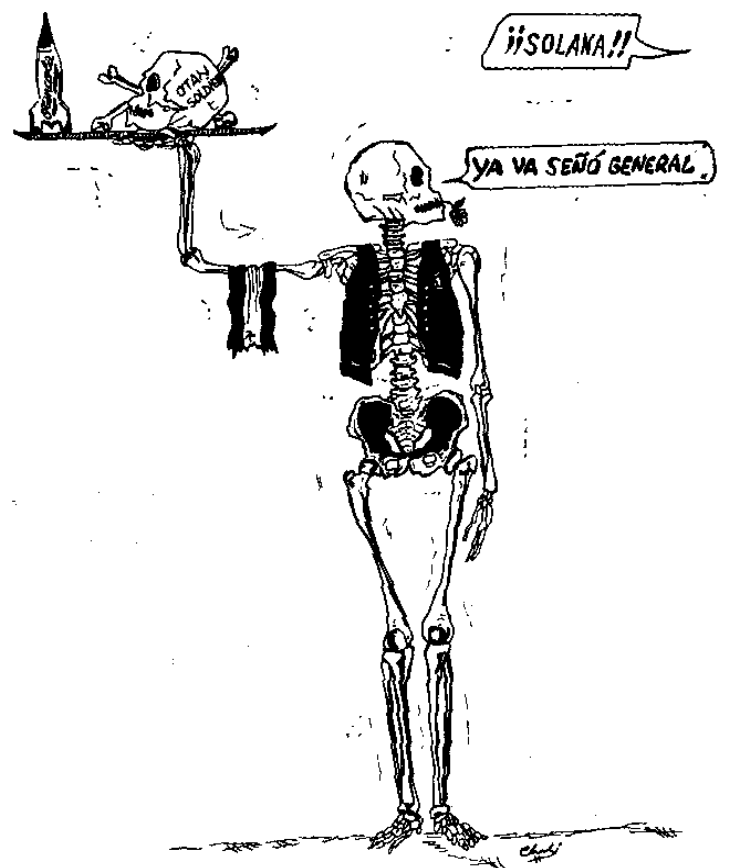
El ejército no garantiza la paz. «*Si vis pacem, para bellum*» (si quieres la paz, prepara la guerra), reza una antigua consigna militar que todavía corona la puerta de entrada a algún que otro recinto castrense (como por ejemplo la del cuartel de Paterna, en Valencia). Con esta doctrina belicista pretende justificarse lo injustificable: que ingentes recursos materiales y humanos se dediquen a la preparación de la guerra, mientras se recortan las partidas presupuestarias destinadas a cubrir necesidades básicas como la educación y la sanidad pública, los servicios sociales, las prestaciones por desempleo ... En 1998 el Estado Español no tuvo reparos en destinar casi 2 billones de pesetas de los presupuestos generales para el gasto militar (partidas del Ministerio de Defensa y de sus organismos autónomos, pensiones militares, Guardia Civil, contribuciones a la OTAN y a la UEO, adquisición de tanques Leopard y la construcción del avión de combate europeo: el Eurofighter, ...).

Sin embargo, ningún ejército defiende la paz. Las misiones presuntamente humanitarias y pacificadoras en conflictos como los de Bosnia, Albania o Kosovo (conflictos generados o agravados por el injusto orden internacional actual y alimentados por armas occidentales), no son más que un pretexto para justificar los ejércitos delante de la opinión pública de los estados occidentales y un obstáculo para buscar y construir vías alternativas de defensa popular noviolenta, como la desobediencia civil o el apoyo a los desertores de los ejércitos contendientes.

El ejército no defiende la democracia. Es más, el militarismo y todo lo que rodea la defensa militar se caracterizan por desenvolverse con el mayor secretismo y la más absoluta carencia de control popular. La integración plena y

definitiva del Estado Español en la estructura militar de la OTAN en 1997 y la reciente ampliación de las bases aeronavales de Rota y Morón, violando sin ningún escrúpulo incluso las condiciones contempladas en el falsificado referéndum de 1986, son buenos ejemplos de lo dicho.

Dada la situación geográfica de la Península Ibérica y el papel estratégico que se le asigna dentro de los esquemas de la Alianza Atlántica, el territorio español se ha convertido en una plataforma de agresión sobre el Sur del Mediterráneo y Oriente Medio. El ingreso en la OTAN, frustra indiscutiblemente la posibilidad de una política exterior autónoma basada en la cooperación, la paz, el diálogo y la confianza mutua, especialmente con los países árabes y mediterráneos, y agranda la fractura democrática inherente a las políticas militares. Ahora, ya no será siquiera necesario que el órgano que ostenta la supuesta representación de la soberanía popular -el Parlamento-, y menos aún la ciudadanía, deba pronunciarse antes de que la OTAN emprenda una acción militar con participación española. Queda también garantizada la continuidad de las bases norteamericanas, posibilitando hasta su ampliación, y se abre la puerta a la presencia de armas nucleares en el territorio del Estado Español. Y por si fuera poco, la adaptación y «modernización» del ejército español, acorde a los esquemas atlantistas y de los intereses militares estadounidenses, hará crecer aún más el presupuesto militar, nuevamente en detrimento de las partidas sociales y de aquellas que deberían destinarse a la cooperación solidaria entre los pueblos. En fin, un ejemplo más de cómo las decisiones en materia de «defensa» responden a designios que son dados de antemano, desde el poder, sin que haya ningún lugar para la libre discusión pública. Así, todas



las decisiones relacionadas con la defensa militar se toman ignorando la voluntad popular, manipulando y engañando vilmente a la opinión pública, y pasando con absoluto desprecio por encima de principios democráticos básicos.

El ejército no defiende los derechos humanos. No lo ha hecho nunca, como tampoco lo hace ahora. De hecho, las fuerzas y cuerpos militares son y han sido los mayores violadores de los derechos humanos. Los casos de Guatemala, Chile, Argentina, El Salvador, Colombia, Argelia, Indonesia, Turquía... y tantos otros, llenan las páginas más negras de violaciones sistemáticas de los derechos humanos, con la implicación directa de sus ejércitos y/o dictaduras militares en tales atrocidades. Nuestra propia historia reciente es otro ejemplo: el régimen militar franquista con su oscuro legado no deja lugar a dudas.

Pero, las nuevas Fuerzas Armadas «democráticas» no parecen cumplir tampoco un papel honroso desde el punto de vista de la promoción y defensa de los derechos humanos. Si no, no se explica cómo el Estado Español puede ser aliado de gobiernos como el de Turquía (miembro también de la OTAN) que somete al pueblo kurdo a un atroz genocidio; cómo puede autorizar la exportación de armas de fabricación española, cuando no vendérselas directamente, para que el ejército turco las emplee eficazmente; o realizar maniobras militares conjuntas (sin que, sea dicho de paso, «nuestros» militares parezcan escandalizarse).

Y es que el caso de la venta de armas y de la cooperación militar española con otros países, merece una mención aparte. En aras de potenciar y modernizar la industria militar, con el fin (aparte de hacer negocio, claro está), de desarrollar la tecnología propia que necesita el ejército (así lo han venido declarando los sucesivos ministros de defensa), se han vendido y siguen vendiéndose grandes cantidades de armamento a numerosos países del llamado Tercer Mundo, muchos de ellos involucrados en conflictos bélicos y/o que violan sistemáticamente los derechos humanos, como Marruecos, Tailandia, Indonesia, México, Colombia, la misma Turquía e incluso en su tiempo a la dictadura de Pinochet en Chile. ¿Puede existir mayor ignominia y desprecio hacia los derechos humanos? ...

El ejército es el mayor peligro para la paz. Afirmación que resulta obvia y que sería innecesario enunciar, si desde el poder político y militar no se intentara continuamente tergiversar los hechos hasta lo inimaginable. Bien sabido es que el fin de los ejércitos no es otro que hacer la guerra. A ello dedican todos sus esfuerzos y para ella se preparan en tiempos de «paz». No importan los efectos catastróficos que esto tenga sobre la vida y la convivencia de los pueblos, ni que se haga en contra de los intereses objetivos de la gran mayoría de los seres humanos.

Hace menos de un mes, hemos podido comprobar cuál es la utilidad de los ejércitos en los últimos bombardeos a Iraq efectuados por aviones estadounidenses y británicos, con el consentimiento o la complicidad de los gobiernos europeos (entre ellos el español, que no ha dudado en proporcionar apoyo logístico a tan criminal operación desde las bases militares españolas).

No importan las muertes inocentes que se produzcan, no importa que se masacre a un pueblo ya castigado por un embargo inhumano, no importa que se violen hasta los principios fundamentales del tan cacareado, maltrecho e interesado derecho internacional. Este nuevo acto de terrorismo institucional no ha tenido otra motivación real que la



de afirmar con arrogancia el papel de EE.UU. como gendarme del mundo, con total desprecio hacia las víctimas civiles y la destrucción que los bombardeos y el embargo ocasionan a la población iraquí. El apoyo del gobierno español y el uso de las bases militares para las acciones bélicas son acciones de vergonzosa complicidad con el genocidio.

Terminada la guerra fría, desaparecido el enemigo «comunista», la Guerra del Golfo de 1991 dejó bien a las claras cuál es el verdadero objetivo de los ejércitos y estructuras militares de los países occidentales (EE.UU., la Unión Europea y Japón): garantizar el acceso libre y barato a recursos estratégicos como el petróleo, asegurar el dominio económico, político y militar de los territorios y países que sean necesarios para ello, y evitar cualquier inestabilidad que pueda poner en peligro el orden internacional que propugnan, aunque para ello haya que estigmatizar a algún antiguo aliado que fue útil en el pasado, como el régimen iraquí.

... la Guerra del Golfo dejó bien a las claras cuál es el verdadero objetivo de los ejércitos de los países occidentales: asegurar el dominio económico, político y militar en el orden internacional que propugnan ...

A lo largo de este siglo se han producido decenas de guerras, dos de ellas mundiales, con un balance total verdaderamente estremecedor: más de cien millones de personas muertas, y muchas más mutiladas, heridas, huérfanas, refugiadas, etc. La supuesta época de paz que vendría después de finalizada la guerra fría con todos sus buenos augurios, no ha sido más que un espejismo: desde 1980 ha habido más de sesenta conflictos armados en el mundo, que han provocado centenares de miles de muertos y más de diecisiete millones de refugiados. Estas víctimas eran y son mayoritariamente pacíficas e indefensas, población civil sometida a vivir los desastres de la guerra y del militarismo. ¿Existe alguna duda de que la sola existencia de los ejércitos es una amenaza constante para la paz mundial y para la vida de las personas y los pueblos?

El ejército defiende la injusticia social y económica. Como instrumento al servicio de los estados, las fuerzas armadas, mantienen y defienden mediante la fuerza y la coerción, los intereses de la clase dominante. En el orden internacional, el militarismo es la estructura de desarrollo del imperialismo, de la división internacional del trabajo y de la explotación del llamado Tercer Mundo, de la carrera de armamentos, de la economía enfocada a la preparación de la guerra y de la amenaza de destrucción del planeta.

A través del control financiero (Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional), comercial (Organización Mundial del Comercio), político (G-7, ONU) y militar (OTAN) (que ejercen las burguesías de los países centrales con sus todopoderosas empresas transnacionales, se continúa dominando y explotando a los países empobrecidos de la periferia: sirviéndose de sus recursos naturales, beneficiándose de su mano de obra barata, favoreciéndose de las desiguales relaciones comerciales y del control de los precios, ahogando sus economías por el pago de la deuda externa.

Parece que en la actualidad, ya no es necesario ocupar territorios mediante intervenciones militares coloniales para mantenerlos bajo el dominio económico y político. No obstante, el militarismo sigue siendo el último garante de la injusticia. Cuando el devenir de los acontecimientos hace que las grandes potencias, con el fin de mantener o defender sus intereses, juzguen necesario intervenir militarmente en una determinada región del planeta, sus agencias informativas y los medios de comunicación mayoritarios ya se encargan de escondernos cuáles son sus verdaderas intenciones, maquillándolas de razones humanitarias, de lucha contra el narcotráfico o contra el terrorismo internacional.

En el orden interno, la militarización social es el proceso por el cual desde las instancias de poder se intenta que la sociedad justifique y deje en manos de cuerpos armados y de «seguridad» la «defensa» de sus supuestos «enemigos», bien sean agresores externos o internos (delincuencia, terrorismo, grupos violentos, inmigrantes ilegales,...). Este proceso, de sentido claramente antidemocrático, fomenta formas crecientes de autoritarismo, represión y violencia institucionalizada, y oculta las verdaderas causas de estos problemas: injusticia y desigualdad social, paro y exclusión, división Sur - Norte ... De esta forma, el poder consigue mediante la coerción y la fuerza el mantenimiento del orden establecido, oponiendo un serio obstáculo a cualquier intento de transformación social verdaderamente democrática.

El ejército es la mayor amenaza para la democracia. Las instituciones castrenses, por su propia idiosincrasia, como cuerpos armados, jerárquicos y autoritarios, son especialmente propicias para la realización de golpes de estado, el fomento de tramas antidemocráticas y el mantenimiento de dictaduras, regímenes autoritarios y personalistas. La historia de muchas naciones y pueblos está jalonada de numerosos ejemplos de esta lacra. Sin ir más lejos, en los últimos 200 años el ejército español no nos ha defendido de agresión o enemigo externo alguno, su única misión -aparte de protagonizar ominosas guerras coloniales, por mantener el dominio de territorios cuyo derecho a la soberanía e independencia había sido claramente transgredido por España, (Cuba, Filipinas, Puerto Rico, Marruecos, El Sahara, Guinea Ecuatorial, etc.)- ha sido la de agresor contra el propio pueblo, siendo un peligro constante para el ejercicio de las

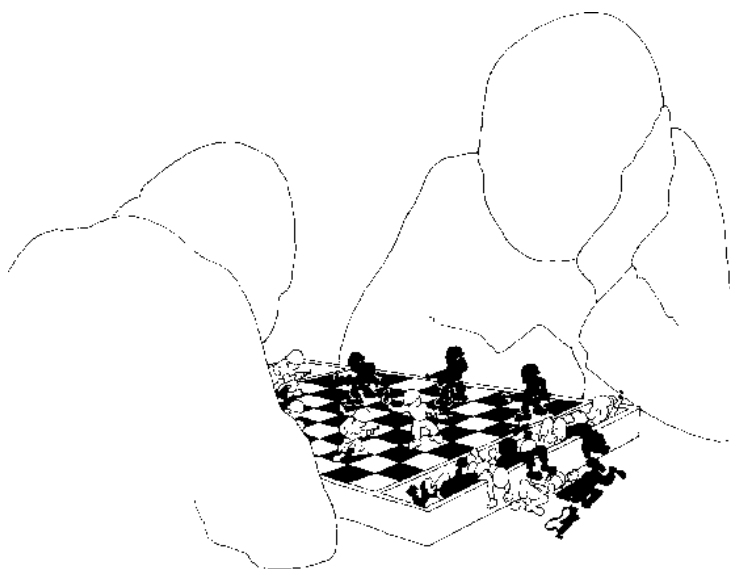
libertades públicas y un eficaz instrumento represivo en manos de los poderes dominantes.

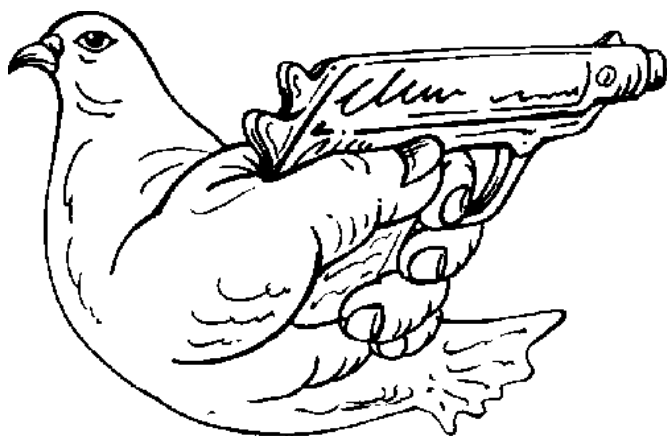
En nuestra época, y en el contexto geográfico y político en el que nos encontramos, los militares no ocupan el gobierno ni intervienen directamente en la toma de decisiones políticas. No es necesario: el poder político ya está militarizado, funciona desde la lógica y los esquemas militaristas y no duda en tomar decisiones como: autorizar exportaciones de armas, la integración en la estructura militar de la OTAN o la implicación en acciones bélicas contra terceros países; que suponen una clara transgresión de los principios democráticos y de los derechos humanos, y el sometimiento del poder civil a los fines militares y a su lógica antidemocrática.

El ejército transmite valores belicistas, autoritarios, jerárquicos, machistas y represivos. La ideología que sustenta el militarismo promueve la disciplina, la obediencia ciega a las órdenes y a los mandos militares, el vano patriotismo, el heroísmo y la exaltación de la guerra y la violencia.

Todos estos valores son contrarios a la dignidad de la persona, reducen al ser humano a una condición miserable al privarlo del ejercicio de su libertad, lo degradan convirtiéndolo en una pieza de una maquinaria absurda e infernal. El ejército necesita de este aborregamiento de las personas: es la base de su sistema disciplinario, de la jerarquía castrense y del sometimiento de los individuos a los fines militares. Los soldados obedecen las órdenes, no las cuestionan ni les está permitido discutirlos (hacerlo se considera un acto de rebeldía). Eso explica cómo pueden llegar a cometer los más diversos actos criminales, incluso contra población civil indefensa, justificándolos dentro de la lógica de la guerra: la que pone a los seres humanos en la terrible disyuntiva de matar o morir.

La transmisión de este tipo de valores no se circunscribe a la tropa. La conscripción ha venido cumpliendo la función de escuela de adoctrinamiento destinada a inculcar en los jóvenes los valores propios del militarismo. En la actualidad con el anunciado fin del servicio militar y el proceso de profesionalización de las Fuerzas Armadas, el Ministerio de Defensa y las instituciones militares, preocupadas por el rechazo social hacia lo militar y el exiguo





entusiasmo de la población hacia los fines de la defensa nacional, están dirigiendo hacia la escuela y el ámbito educativo sus esfuerzos tanto de captación de futuros reclutas como de difusión de los valores militaristas. Así lo manifiesta sin reparos la Directiva de Defensa Nacional del 20 de diciembre de 1996, que establece que: "Se promoverá, a través del sistema educativo, en general, un conocimiento suficiente de la organización y política de la defensa, y de la función de los Ejércitos, para así fomentar el compromiso de los españoles con las exigencias de nuestra seguridad y defensa." Notable perversión de las funciones del sistema educativo y del propio concepto de educación.

La sumisión de una persona al ejército para convertirse en soldado está vinculada inevitablemente con la pérdida de su libertad, de su libre albedrío, de su capacidad de pensar, actuar y decidir según su propia conciencia.

El ejército es una amenaza para las libertades individuales y colectivas. La sumisión de una persona al ejército para convertirse en soldado está vinculada inevitablemente con la pérdida de su libertad, de su libre albedrío, de su capacidad de pensar, actuar y decidir según su propia conciencia. La educación militar, con sus efectos psicológicos y sobre el comportamiento de la persona, conlleva la privación de los derechos más fundamentales del individuo. Éste se convierte en un mercenario al servicio de los fines del ejército: pasa a transformarse en un instrumento de la muerte en situaciones de guerra, o en un servidor útil para el mantenimiento de la esfera de influencia militar sobre las sociedades en tiempo de «paz».

Pero como he mostrado repetidamente, los efectos del militarismo no quedan sólo en el ámbito de las personas reclutadas por los ejércitos. La influencia de las fuerzas e instituciones armadas en el gobierno de un estado y, en general, en la sociedad, supone una restricción clara de las libertades colectivas. La construcción de una sociedad verdaderamente democrática, libre y plural pasa necesariamente por la desaparición del ejército y de la lacra del militarismo.

Comprenderá pues que por todas las razones expuestas, no sólo no pueda ni quiera colaborar con el ejército, sino que además actúe colectivamente dentro del movimiento antimilitarista en aras del único objetivo concreto que puede contribuir irrevocablemente a la extinción radical de las guerras, del peligro de guerra y de los nefastos efectos del militarismo: la abolición de los ejércitos.

Aunque como movimiento político transformador nuestro fin último es la construcción de un nuevo modelo de sociedad, seguimos creyendo que nuestra prioridad específica es trabajar por la desaparición de los ejércitos. En efecto, la desaparición de los ejércitos no es un fin en sí mismo, pero su disolución nos liberaría al menos de uno de los principales garantes y condiciones de posibilidad de un orden injusto, un obstáculo para la transformación social y una amenaza para la paz verdadera basada en la justicia.

Así pues, mi acción de desobediencia civil al ejército, como la del resto de los antimilitaristas de diferentes lugares del Estado, constituye un gesto de responsabilidad y de compromiso con la transformación de un estado de cosas en el que se priorizan las políticas militaristas sobre las verdaderas necesidades que la sociedad siente como urgentes. Por su carácter público, no violento y colectivo, de apelación a valores socialmente asumidos, de apertura del debate social, la insumisión en los cuarteles es una forma de participación social, de acción política radicalmente democrática.

Con ella intentamos activar el debate, secuestrado por las élites militares y gubernamentales, sobre de qué y cómo quiere defenderse la sociedad de los problemas que le afectan y de sus verdaderos enemigos: la opresión, la injusticia y la explotación. Las múltiples expresiones del militarismo nunca han conseguido identificar estos enemigos ni resolver los conflictos con justicia, sino que han contribuido significativamente a la perpetuación de este estado de cosas que rechazo radicalmente.

Atentamente, reciba un cordial saludo antimilitarista,

Óscar Cervera García
[Valencia, 16 de enero de 1999]



PENDIENTE DE SENTENCIA

El jueves, 17 de febrero, ha tenido lugar en la sede del Tribunal Militar Territorial Primero de Valencia el juicio por desertión contra el antimilitarista del *Moviment d'Objecció de Consciència* (MOC) y del *Grup de Recolzament a la Desertió* (GREDE), Óscar Cervera García. Se enfrenta a una petición fiscal de 2 años y 4 meses de prisión militar como consecuencia de su participación en la campaña de desobediencia civil antimilitarista llamada «insumisión en los cuarteles».

El insumiso-desertor valenciano se incorporó al acuartelamiento «General Almirante» en la Base Militar de Marines (Valencia), donde había sido destinado para realizar el servicio militar, el 11 de noviembre de 1998. Al día siguiente desertaba de la unidad para incorporarse, junto con otros antimilitaristas del MOC y del GREDE a una concentración antimilitarista, que tuvo lugar en la puerta de la base militar, haciendo así pública su desobediencia.

Su delito es participar en el movimiento de desobediencia civil impulsado por el MOC que extiende la insumisión dentro de los cuarteles. El objetivo de esta campaña antimilitarista es empezar a cuestionar el nuevo modelo de Fuerzas Armadas profesionales que se está construyendo de espaldas al control popular, poniendo en evidencia sus graves costes económicos y sociales, y sus verdaderas funciones de dominación Norte-Sur, a través de la OTAN y la UEO.

Para el MOC es preciso abrir un debate en profundidad sobre la defensa en la sociedad: ¿qué queremos defender? ¿de qué tenemos que defenderlo? ¿cómo debemos hacerlo?

Otros treinta y tres antimilitaristas se han sumado desde el comienzo de esta campaña a la «Insumisión en los Cuarteles». La mayoría ya han sido juzgados y condenados a 2 años y 4 meses de cárcel militar. Diez de ellos se encuentran cumpliendo condena en la prisión militar de Alcalá de Henares. Entre ellos, Carlos Pérez Barranco, insumiso valenciano, que fue detenido el pasado día 30 de enero en una acción no violenta en el cuartel de San Juan de la Ribera, en Valencia, y que pasó así a cumplir la condena impuesta por el Tribunal Militar que le juzgó en Badajoz el 17 de diciembre de 1998.

Se da la circunstancia que el próximo domingo 20 de febrero se cumplen 11 años desde que el Movimiento de Objeción de Conciencia iniciara la campaña de insumisión, a la que desde entonces se han sumado miles de jóvenes que han venido expresando de esta manera su rechazo al servi-

cio militar y al ejército, con el apoyo de numerosos colectivos sociales.

Moviment d'Objecció de Consciència
(MOC Valencia)



La Campana

semanario de información y pensamiento anarquista

Segunda Época
Dosier número 24

21 de Febrero de
2.000